

ba los medicamentos, logrando la Fè de muchos no pocas vezes repentina sanidad de sus incurables accidentes al contacto de las manos de este Venerable Religioso; quien ayudo à morir à todos los Indios, que en su tiempo murieron en Tlaxcalilla, y en Santiago con tanta charidad, y amor, que se admiraban los Indios.

CAPITULO VII. Vida del Apostolico Varon Fray Alonso de la Oliva.

EL Venerable sugeto, que darà materia à este capitulo, es muy parecido en su Apostolica vida, y zelo ardentissimo, que tuvo en la conversion de los infieles, al Venerable Fray Diego de la Magdalena. Fueron contemporaneos, y muy parecidos en la virtud, zelo, y perseverancia de sus Apostolicas tareas, aunque en distintos parages; pues el uno floreció en la Nueva España, y el V. Oliva en el Nuevo Reyno de la Vizcaya, en cuyos lugares se conserva oy dia la memoria

de este Venerable Religioso, no solo en las memorias de los Españoles, sino aun en las de los Indios mas rusticos, y barbaros. Fue el Venerable P. Fray Alonso de Oliva hijo de esta Provincia de Zacatecas: tomó el abito, siendo Custodia, en el Convento de la Villa del Nombre de Dios, y aunque no se saben sus Padres, ni su Patria, consta, que en la fé fue un Abraham, que, dexando las conveniencias del siglo, que afirman todos, tenia, se entrò en la Religion, y ya professo, y sacerdote, salió con licencia de sus Prelados, à peregrinar por las vastas soledades, que ocupaba la nacion Concha, para reducirlos à la Fè Catholica, siguiendo en esta empresa la voz de Dios, que en sus inspiraciones le llamaba por semejante camino. Consta tambien, que en la fortaleza, con que peleo las guerras de la Religion contra las barbaras ofensas de los idolatras Conchos, hasta que arruinò sus idolos, y reduxo à todos los barbaros al conocimiento del Evangelio, fue un David. Consta tambien aver sido en la tolerancia un Job, pues en el termino de casi quarenta

renta años, que durò la total reduccion de los Conchos, sufrió no solo humores, sedes, frios, y calores, que estas cosas en los paramos son inescusables, sino los trabajos, afrentas, bofetadas, y azotes, que le dieron à los principios los barbaros; trayendo à todas horas vendida la vida este Venerable Religioso entre los Indios Conchos Chichimecos.

En todo genero de virtudes fue este Venerable Religioso un perfecto dechado de Apostolicos Varones, porque en lo penitente fue austerissimo, y tanto, que jamas se le aparto de las carnes un rigoroso cilicio de fierro, con el que murió, radicado en sus mismas carnes; en la humildad fue tan excessivo, que no solo se tenia por el mas despreciable de los Religiosos, sino que se reputaba por indigno de su compania; y assi solia decir à los Religiosos, que compasivos le suplicaban, que morasse en los Conventos, y que dexasse la penosa vida de morar con los barbaros en los campos; hijos mios, los brutos, como yo, son indignos de vivir entre gente politica, y virtuosa; de-

xadme, dexadme, que viva, donde merecen mis culpas, para castigo de mis miserias, y tibiezas. En la castidad no parecia humana criatura, porque à la fuerza de los rigores, y ayunos abafallo tanto la carne, que no se revelaba ya contra el espiritu, para cuya possession pacifica tenia, como otro Job, hecho pacto con sus ojos, de no mirar à criatura alguna al rostro. En la pobreza fue singularissimo, pues jamas tuvo mas alhajas de su uso, que un grosero abito, y un breviario; el abito era tan remendado de diversos colores, y tan taracado de diversas piezas, que parecia tablero de algùn algedrez, segun la diversidad de remiendos; y assi, quando venia de entre los Indios Conchos à los Conventos, le obligaban, à que mudasse de abito, por escusar la nota, pero, en volviendo à su exercicio Apostolico de la conversion de los Indios, se volvia à poner su saco roto, y remendado.

En el zelo de la salvacion de las almas fue tan singular, que pocos se le han conocido semejantes en este nuevo Mundo. De veinte, y siete años comenzó

menzó su Apostolica tarea de la conversion de las almas, y no levató la mano de tan caritativo exercicio, hasta que murio de edad de casi setenta años. Anduvo entre los Indios Conchos cerca de quarenta años, hasta que del todo los reduxo à la obediencia del Rey, y de la Iglesia, fundando los Pueblos de los Conchos, y el de Atotonilco. Que trabajos padeceria este Venerable Religioso entre unos Indios tan barbaros, y belicosos sin maiz, sin trigo, y sin mas sustento, que raizes de sylvestres hierbas, ya al Sol, ya al aire, ya al frio, ya à la nieve, y ya à todas las inclemencias del tiempo, que en aquellas regiones son muy crudas? Considerelo atentamente el menos afecto, y hallará en este Venerable Religioso un vivo traslado de cada uno de los Santos del nuevo, y viejo testamento. En la humildad fue un San Francisco, en lo penitente un San Pedro de Alcantara, en lo casto un San Luis Obispo, en lo candido un Junipero, pues su conversacion à veces era mas candida, que la del mascandido niño; en lo zeloso de la honra de Dios era à su Santo

Padre parecido, en el zelo de la conversion de los Indios era un San Francisco Solano, y finalmente, quando predicaba à los Españoles, afirman todos, que despedia de su boca faetas, tan encendidas en la fragua de su amante pecho, que penetraba, y encendia à los corazones mas elados, y duros, saliendo los oyentes de sus Sermones contritos, y arrepentidos, siendo en esto parecido à San Bernardino.

El numero de las almas, que con su Apostolico zelo reduxo al aprisco de la Iglesia, fue grandissimo, para cuya consecucion pidio licencia à los Prelados, para entrarle à lo interior de la tierra adentro, por aver tenido noticias ciertas, de que avia multitud de Indios Conchos gentiles, dispersos por varias Serranias, distantes de las tierras de los Españoles mas de setenta leguas, y aunque los superiores conocian el manifesto riesgo, à que se exponia en tierra tan aspera, y dilatada, y habitada de una nacion tan belicosa, como conocian, que su espíritu era del Señor, y que le estimulaba la ambicion generosa de padecer, para gran-

gear

gear para Dios innumerables almas, le dieron licencia para tan santo, y devoto empleo. Entrose por aquellos montes, y desiertos, acompañado de dos Indios barbaros, que le conducian, sin mas viatico, que su breviario, penetrando descalzo aquellas no pisadas asperezas. Hallò muchas rancherias de Indios Conchos, y comenzó con felicidad su labor, experimentando muchas medras en los nuevamente convertidos: tuvieron noticia los de otra rancheria, y instigados del Demonio, quisieron, quitar la vida al nuevo huesped, para lo qual le azotaron con tanta crueldad, que le dexaron por muerto, lleno de oprobrios, y tormentos: en medio de estos estaba tan contento el bendito Religioso, que, sin mostrar afliccion en el semblante, les predicaba al mesmo tiempo, y los reprehendia amoroso en su mesmo idioma, que entendia perfectamente: fueron sus palabras mansas tan eficaces, y penetrantes, que, los que querian matarle, y le avian azotado, como carníceros lobos, se le postraban à los pies, mansos corderos, y los que avian comenzado

con odio de la Fè, que les persuadia, à atormentarle, mudados de la diestra del Altissimo, le obsequiaron reverentes, prometiendo seguir el estandarte de Jesu-Christo.

En estas ocupaciones se hallaba Fray Alonso, tan gustosamente ocupado, que no supieron en muchos meses los Religiosos de sus sucesos, antes ya le juzgaban muerto à manos de aquellos belicosos barbaros, y aun se trataba de hechar letras patentes por la Provincia, para que se le hiciesen los acostumbrados sufragios, y quando mas radicado estaba este penoso concepto en los corazones de nuestros Religiosos, fallò à presencia de sus hermanos sano, y salvo, sin aver tenido en casi un año, que estuvo entre los barbaros, mas mantenimiento, que el de los barbaros, ni mas cama, que su manto, durmiendo à las inclemencias del tiempo sobre el duro suelo. Quando llego à presencia del Prelado, le dio noticias de las gentes, que avia hallado, de los trabajos, que avia padecido, de la numerosa nacion de los Indios, y de la forma, que se sustentaba en aquellas bastas soledades.

des. Recibiólo el Superior con singular regocijo, alegrándose todos los Religiosos con su llegada, porque todos veneraban su virtud, y amaban su sinceridad, y buenas prendas, y como ya le contemplaban difunto, les parecia una resurreccion su vuelta.

No fue su entrada tan infructifera, que no dexasse, quando salió, fundados ya dos grandes Pueblos, y asentadas algunas menores rancherías, en donde se pusieron Ministros, y se conserva oy la Doctrina en ellos. El uno fue el de S. Francisco de Conchos, y el otro de S. Buenaventura de Atotonilco, en las que se puso la doctrina en toda forma con Ministros zelosísimos. Dispuestas estas dos Misiones, y dexadas al cuidado de sus hermanos, sediento de mas almas, con licencia del Prelado salió segunda vez á la campaña, á pelear cuerpo á cuerpo con el comun enemigo, y como estaba hecho á vencer, triunfó tan valerosamente por espacio de quarenta años, que no solo destruyó todos los Idolos, que veneraban los barbaros, sino que catequizó, bautizó, y reduxo al gremio de la

Iglesia, y á la obediencia del Rey los indomitos barbaros Conchos, con quienes fundó muchos Pueblos. Amabanle los Indios tiernamente, porque, aunque rusticos, conocian, que al Apostolico Varon Fr. Alonso no le movia otro fin, que el de la salvacion de sus almas, el aumento de sus Pueblos, el ponerlos en politica, y trato de hombres, enseñandoles á sembrar, y á fabricar casillas, en que defenderse de los rigores del tiempo, cosa que jamas cupo en la imaginacion de los barbaros, pues moraban en los campos, como brutos: y como reconocian los Indios, que el Venerable Padre sacrificaba su persona á los trabajos, y incomodidades de habitar en los des poblados, usando de sus rusticos mantenimientos, y que ellos en su compañía gozaban de toda conveniencia, no solo en la vida espiritual, sino en los temporales menesteres, le apreciaban, y reverenciaban, como á Padre, obedeciendole en todo, queriendo cada Pueblo tenerle de asiento en su compañía; y como el Padre era de todos, asistia unos dias en unos Pueblos, y otros en otros, pero siem-

pre

pre haciendo mucho fruto en aquellas almas, como diestrisimo en su idioma, y tan zeloso.

Con tan eficaces ansias miraba el Venerable Padre sus nuevas conversiones, y tan solícito vivia de sus aumentos, que, discurrendo, no se podrian propagar sin las reales disposiciones del Virrey, pidió licencia, para ir á la Ciudad de Mexico, á poner el negocio en el estado, que deseaba, y pedir á su Excelencia los auxilios necesarios, de que avia grave necesidad, para que tuviese consistencia materia tan del Divino agrado. Con siguióla del superior Prelado, y aviendo dispuesto su caminata, como Varón Apostolico, sacando en su compañía algunos capitanes de la nacion Concha, que avia reducido, sin que le sirviesen de obice sus muchos años, caminó á pie con ellos, y descalzo cerca de trescientas leguas, hasta la Ciudad de Mexico con solo el avio de la Divina providencia, y la destreza de los flecheros, que llevaba. Propuso á su Excelencia el negocio con tan cuerdas, y humildes razones, y le expresó las urgencias, y necesidades con tanta eficacia, y Re-

ligiosas palabras, que quedó el Virrey muy edificado de su modestia, y religiosa compostura, y gustosísimo de aver tenido la dicha, de aver comunicado á un Varon tan Apostolico, prometiendole, poner quantos medios fueran necesarios para el feliz logro de sus piadosos deseos.

En este feliz estado tenia sus negocios este Venerable Religioso, y mientras su Excelencia le daba los despachos necesarios, se mantuvo en el Convento grande de Mexico algunos dias, sin faltar á hora alguna del Choro, asistiendo á todos los actos de comunidad con tanta religiosidad, y compostura, que era la edificacion de aquella grave, y Venerable Comunidad, en un dia de estos estando celebrando el Santo Sacrificio de la Misa con muchas lagrymas, y devocion, como acostumbra, le reveló Dios sería la ultima, y que al inmediato dia passaria á gozar eternamente el premio correspondiente á sus Apostolicos exercicios. Acabó de celebrar, y luego, que dio las gracias, fue á la celda del Guardian, y le pidió licencia, para irse á la enfermeria, á esperar el ultimo accidente,

dente, que le avia de privar de la vida en breve tiempo. Admiróse el Guardian de la propuesta, viendole sin novedad alguna, y procuró disuadirle de sus rezelos, pero el Venerable Religioso, dispensando en esta ocasion en su humildad profunda, le desengañó, diciendole, que à la mañana siguiente moriria sin duda alguna. Dióle el Prelado su bendicion, y licencia, y luego, que puso los pies en la enfermeria, le sobrevino un accidente tan malicioso, que dio luego à conocer à todos lo executivo de su malicia. Llamò à los Indios Conchos, que avia llevado consigo, y recibieron los barbaros su Apostolica, y ultima bendicion con mas lagrymas, y sollozos, que se pudieran esperar de sus asperos naturales, y rusticos corazones, y aviendo recibido los Sacramentos con mucha devocion, y lagrymas, se baxo de la cama à la desnuda tierra, y puesto de rodillas con un Crucifixo en las manos, dando al Señor repetidas alabanzas, y gracias por los beneficios, que de su liberal mano avia recibido, passò à mejor vida, muriendo en la demanda, como fiel, y verdadero Siervo, y Ministro.

Lo singular, que huvo en su feliz, y dichosa muerte, fue, q̄ siendo Mexico una Ciudad tan populosa, compuesta de Tribunales tan esclarecidos, y de tan nobles Ciudadanos, y Cavallos, endonde con grandissima dificultad ay conocimiento de los huespedes, y mas de un pobre Religioso de tierra à dentro, que no tratò en los pocos dias, que estuvo, sino con muy pocas personas, para enderezar, y ajustar su negocio, luego, que espiró este Venerable Padre, corrió una voz por todas las calles de Mexico, que decia, que en el Convento de San Francisco avia muerto un Religioso Santo. Conmovido de ella, concurrió innmerable Pueblo à verle, y sin que lo pudieran remediar los Religiosos, le quitaron à pedazos el cordon, y el abito. Aquí fueron las aclamaciones de todos, publicandole à voces, Santo, quando vieron radicada en su Venerable Cadaver una malla de azeradas puntas de fierro, con que tenia cubierta toda la caxa de su innocente cuerpo, la que no avian advertido los enfermeros, ò porque Dios assi lo dispuso, ò porque el humilde Religioso suplicò,

suplicò, que no le quitaran el abito, con que estaba. Llegó esta noticia al Señor Arzobispo, y Virrey, y quisieron contribuir con sus honras, à quien el Cielo publicaba Santo. Ya le avian puesto otro abito, quando llegaron su Ilustrissima, y su Excelencia, à ver el Venerable Cadaver, y en su presencia, y sin que su autoridad pudiera estorvarlo, volvieronle à desnudar otra vez al difunto Religioso, sinque le dexaran otra cosa, que los paños menores, que le conseryó Dios para la decencia: lloraban Arzobispo, y Virrey, compungidos, de ver aquel Cadaver penitente, herido todo èl à los rigores de las azeradas puntas de la malla: tan penitente, y austero, que no tenia mas carnes, que la piel, con que cubria sus huesos, pero el semblante tan apacible, y sereno, que parecia de un niño dormido en lo atractivo, y hermoso; y no pudiendo reprimir las lagrymas, se apartaron estos Christianos Principes, dando orden, que hasta el siguiente dia no se le diese sepultura, porque querian, que su entierro se hiciese con toda solemnidad, y pompa, mandando el Virrey al Capi-

tan de su Guardia, que hiciera posta continua al Venerable Cadaver, para que la devocion indiscreta no se propassara, à destrozarlo, y desnudar aquel Venerable Cadaver, como lo avia ya impaciente el vulgo executado dos veces.

Diosele sepultura en nuestro Convento de Mexico, aviendo concurrido à su entierro todos los Tribunales, y personajes, que autorizan aquella Ciudad illustre. Sintió mucho el Señor Virrey la muerte de este Apostolico Religioso, y dixo despues del entierro en presencia del Señor Arzobispo, y de la Audiencia, que le avia cobrado muchissimo amor, y veneracion, porque sus palabras parecian de un Apostol, y su Venerable, y penitente presencia daba evidentes muestras de sus interiores virtudes; y finalmente todos, de verle en el feretro, quedaron tiernos, y compungidos, especialmente, los que tuvieron la dicha de registrarle desnudo, y vieron el estrago, que avia causado la cruel malla en sus innocentes carnes. El Señor Virrey entregò los despachos à los Capitanes, que traxo consigo el Ve-